

del espíritu hacia el Supremo Hacedor del Universo: y llegarse así á conciliar el amor de los pueblos de aquel Estado, que no podía ser conquistado por las armas españolas, que hubieran sido rotas, y sus conductores hechos pedazos, como pasó á «Don Sancho el Gordo,» á quien los chontales le hicieron pedazos; conquista que no hubieran hecho tampoco, entre los zapotecos y mixtecos, que solamente consintieron á los conquistadores, por las recomendaciones de amistad, que el tonto de Moctezuma, provocó, antes de ser preso por Hernán Cortés y los suyos.

Mis elogios, que son una chispa ligera de lo que debían ser en favor de los sacerdotes españoles, que fueron á aquellos países, y de los que hablaré más tarde, no abrazan á los dominicos que en México dirigieron la inquisición y sus crueldades; y sin embargo, como cristiano, diré solamente: «Perdónalos, Señor,» sin decir como el maestro de los maestros: «No saben lo que hacen;» porque ellos sí sabían lo que hacían, tanto más, cuanto que oían la predicación evangélica de San Juan de Dios, la cual estaba llena de caridad, y la de otros Santos, entre los que se cuentan tres pontífices, que trabajaron tanto por destruir el monstruo aparecido en la humanidad, á quien por primera vez le acometió, con toda energía, un Virrey del Perú, á quien llamaban «El Banderero,» porque todas sus órdenes las hacía publicar por bandos, que se fijaban en las esquinas de la ciudad.

Este Virrey español, que hicieron aparecer ante la inquisición los inquisidores, estuvo burlando sus citas, y cuando dichos inquisidores se quejaron al Rey de España sobre la inobediencia del Virrey al no concurrir á la cita de aquel infernal tribunal, y el Rey mismo, que también temblaba por miedo á él, disponía quitar de allí al mencionado Virrey y pasarlo á las Filipinas; antes de que esto se verificara, «El Banderero» hizo rodear la inquisición con toda su artillería y con toda la fuerza militar que tenía á la mano. Entró á la inquisición, y erigido el tribunal de los inquisidores para juzgar al Virrey, éste se presentó con reloj en mano que puso sobre la mesa, y previno al tribunal, que si á la media hora no lo juzgaban y sentenciaban, si se tardaban un minuto más, sería arrasado el edificio con todos sus inquisidores; á cuyo efecto mandó que vieran los preparativos que para ello estaban ya arreglados. Y era natural creer que él se separaría de ellos, para no ser un ejemplo de Sansón, que al tirar el templo, dijo: «AQUÍ MORIRÁ SANSÓN, CON TODOS SUS FILISTEOS.» El gran poder de la inquisición, ante ese conjuro real y positivo, vino abajo; apenas unos cuantos minutos duró el juicio, y con mano temblorosa firmaron la sentencia, declarando ser inculpable el Virrey. Más tarde hablaremos sobre la destrucción de la inquisición en España; sigamos por ahora la continuación de lo que atañe al General Guerrero.

Hemos hablado de las lágrimas de Iturbide. Hablaremos de las del General Guerrero. ¡Oh! qué lágrimas tan dulces son las de este General. Lloro de placer, y con el alma satisfecha de haber hecho sacrificios por el bien de su patria. Lloro de una esperanza, que cree segura: de ver extendida por todas partes la felicidad de México; y sin embargo, no presumía que tan pronto, los mis-

mos traidores y ambiciosos, lo despacharían al cielo, á recibir de Dios el premio de su patriotismo, que aunque con algunas excepciones intermedias, debían extender en nuestra República, las ideas de igualdad y de libre pensamiento, que debían completar algunos hombres de los que le substituyeron.

Iturbide descubre sus planes, que le parecen buenos al General Guerrero. A éste le satisfacen dichos planes, y entonces presenta Guerrero á Iturbide á los oficiales y tropas de su ejército, y les dice: «Soldados: este mexicano que teneis presente, es el Señor Don Agustín de Iturbide, cuya espada ha sido por nueve años, funesta á la causa que defendemos. Hoy jura defender los intereses nacionales; y yo que os he conducido á los combates, y de quien no podeis dudar que moriría sosteniendo la Independencia, soy el primero que reconozco al Señor Iturbide, como el primer jefe de los ejércitos nacionales. ¡Viva la Independencia! ¡Viva la libertad!» Desde este momento, todos reconocieron al nuevo caudillo, como General en Jefe, y desde este momento también, (según Zavala), dirigió al Virrey una declaración de sus sentimientos, y de su resolución tomada. Dió orden al General Guerrero de que fuera á apoderarse de la conducta de los manilos, que se dirigía al Puerto de Acapulco con setecientos cincuenta mil pesos; y él tomó el rumbo de la Villa de Iguala, distante cuarenta leguas al Sur de México, en donde publicó el plan referido. Las tropas españolas comenzaron á separarse de la división de Iturbide; pero las antiguas partidas se volvían á levantar por todas partes, para correr en auxilio suyo.

A la voz dada en Iguala, (agrega Zavala), todo el territorio de México se puso en movimiento. Apodaca dió órdenes inmediatamente para que el General Liñán se dirigiese con una gruesa división sobre el nuevo caudillo, para ahogar en su principio un movimiento que se anunciaba tan amenazador; más no era este el grito tumultuoso de Dolores en 1810; no eran indios armados de hoces, piedras y hondas, los que gritaban confusamente y en desorden: «Mueran los gachupines, viva Nuestra Señora de Guadalupe.» Era un jefe acreditado por su valor, que, apoyado en el voto nacional, con tropas disciplinadas, hablaba en nombre de los pueblos, y reclamaba derechos, ya demasiado conocidos. El era una generación nueva, que había aprendido en la dura escuela de la pasada revolución, á respetar los derechos y la justicia. El Virrey no encontraba ya aquellos mexicanos dóciles, que marchaban á combatir contra sus hermanos, bajo las órdenes de jefes españoles: los oficiales, todos del país, eran ya independientes, y los soldados criollos no podían seguir las banderas de los opresores. Los Bustamante, los Andrade, los Quintanar, los Barragán, los Cortazar y otros innumerables jefes que servían al Gobierno Español, y que durante los diez últimos años combatieron por el Gobierno colonial, tomaron, á ejemplo de Iturbide, las banderas nacionales, y los tres colores, ondearon por todas partes, en pocos meses. Los jefes españoles que estaban penetrados de la imposibilidad de resistir á este movimiento simultáneo y que conocían la justicia de la causa, se unieron á ella para sostenerla. Negrete, Echávarri y otros jefes de menor graduación, aunque españoles, se distinguieron por servicios señalados. El primero fué herido en el sitio de Durango. Loaces se rindió en Querétaro; Bus-

tamante ocupó el Bajío; Bravo, que apenas había tenido noticia del grito de Iturbide, salió de la Capital para unírsele, fué encargado del sitio de Puebla y ocupación de la provincia. Iturbide, con su extraordinaria actividad, recorría todos los puntos; y mientras Liñán caminaba cuatro leguas cada tres meses para atacarle, él volaba con la rapidez del relámpago, desde las cercanías de la capital, hasta los puntos más remotos. En su principio experimentó descepciones, que á otro le hubieran desalentado; pero la energía de su carácter y su valor, sostuvieron estas primeras desgracias, y en poco tiempo vió unírsele cuanto había demás notable entre los oficiales criollos. Mientras que este caudillo hacía progresos extraordinarios por fuera, la Capital estaba en la mayor confusión. Los españoles residentes en México, atribuyeron los prósperos sucesos de Iturbide, á la ineptitud de Apodaca, á un hombre, que poco tiempo antes, era el pacificador, el ángel tutelar de la Nueva España, según ellos; y este mismo se hizo repentinamente imbécil é incapaz de gobernar, y despojándole del mando, colocaron en su lugar al Brigadier Don Francisco Novella. Este solo hecho bastaría para dar una idea del estado de confusión en que estaban los últimos sostenedores del gobierno español. Reducidos á sólo los esfuerzos de los expedicionarios, se conoció de un golpe de vista lo débiles que eran los recursos del agonizante régimen colonial, apoyado anteriormente en la ignorancia de los americanos que obedecían á sus opresores, sin sospechar siquiera que hubiese otro modo de existir en la sociedad. Seis mil soldados expedicionarios, á lo más, que habían quedado de los catorce enviados para sostener los derechos imaginarios del gobierno español ¿qué podían hacer contra el ejército mexicano que cuando menos era entonces de cincuenta mil hombres?

Ahora bien, hasta aquí, según esta confusión, procedente del cambio de poder, Apodaca ha venido abajo por los mismos españoles, y ellos mismos ponen la situación más apremiante.

Según la historia, á Guerrero lo dejamos apoderándose de la conducta de los manilos. Pero Iturbide no pierde el tiempo; como un relámpago vuela sobre las provincias que no están todavía rebeladas contra el gobierno español, y sin embargo, éstas van cayendo en favor de los independientes, á quienes ya empieza á vitorearse. Iturbide no anda solo como un guerrero, sino como un político, conquistándose el afecto que le facilitan los triunfos, con alhagos y esperanzas á las señoras, de los que por enfermedad se encuentran imposibilitados de la fuga. En fin, en lo general de la nación, ya la resistencia en favor de la España, se ha nulificado, y por todas partes se oye el grito de «VIVA LA INDEPENDENCIA!»

El ejército liberal que estaba repartido, al toque universal se va reuniendo, y frente á la Capital, por Tacubaya, se va filtrando para repartirse en la que más tarde se había de llamar la Capital de la República Mexicana; aunque cuan distante estaría Iturbide, que ya empezaba á descubrirse su ambición á la corona, de que tal viniera á suceder. Y el General Guerrero, de quien la historia omite á hablar de él en este tiempo, ¿qué ha sucedido de él? Estará cuidando la conducta de los setecientos cincuenta mil pesos que fué á interceptar por

encargo de Iturbide? Esto no está definido completamente, pero observemos las cosas un poco más adelante.

El día 27 de Septiembre de 1821, once años once días desde el grito dado en el pueblo de Dolores, entró en México el ejército trigarante, en medio de las aclamaciones del pueblo y de una alegría general. Iturbide era el ídolo á quien se tributaban todos los homenajes, y los Generales Guerrero y Bravo, hombres venerables por sus antiguos servicios, casi estaban olvidados en aquellos momentos de embriaguez universal. En Puebla, en el recibimiento á dicho ejército, se percibían algunos gritos de viva el Emperador! pero Iturbide tenía la destreza de hacer callar aquellas voces que podían alarmar á los dos partidos, que ya comenzaban á pronunciarse, y eran el de los republicanos y el de los borbonistas.

Por ser demasiado larga la descripción de todos los alborotos habidos en México con motivo de la entrada del ejército trigarante, omitimos el seguir hablando de ellas, y damos por hecho el arreglo del nuevo orden de cosas, de donde resultó el primer poder ejecutivo del nuevo gobierno mexicano; y como Iturbide se apropió nombrar por sí á los consejeros que le habían de ayudar á su tarea gubernativa, la junta nombrada en Tacubaya fué compuesta de los Señores: Agustín de Iturbide, Antonio, Obispo de la Puebla, Juan Odonojú, Manuel de la Bárcena, Matías Monteagudo, Isidro Yáñez, Licenciado Juan Francisco Azcárate, Juan José Espinosa de los Monteros, José María Fagoaga, José Miguel Guridiz y Alcocer, el Marqués de Salvatierra, el Conde de Casa Heras Soto, Juan Bautista Lobo, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Antonio de Gama y Córdoba, José Manuel Sartorio, Manuel Velázquez de León, Manuel Montes Argüelles, Manuel de la Sotarriva, el Marqués de San Juan de Rayas, José Ignacio García Illueca, José María Bustamante, José María Cervantes y Velasco, Juan Cervantes y Padilla, José Manuel Velázquez de la Cadena, Juan de Orbezo, Nicolás Campero, el Conde de Jala y de Regla, José María de Echeveste y Valdivieso, Manuel Martínez Mansilla, Juan Bautista Raz y Guzmán, José María de Jáuregui, José Rafael Suárez Pereda, Anastasio Bustamante, Isidro Ignacio de Icaza y Juan José Espinosa de los Monteros, vocal Secretario. Esta Junta se reunió en el salón principal de Palacio el día 28 para formar el acta de Independencia, en la cual junta Iturbide pronunció un discurso en los siguientes términos:

«Señor: Amaneció por fin el día de nuestra libertad y nuestra gloria: fijose la época de nuestra feliz regeneración, y en este momento venturoso, hemos comenzado á recoger el fruto de nuestros sacrificios. (¡qué sacrificios! . . .) El pueblo mexicano, reintegrado á merced de sus heróicos esfuerzos, en la plenitud de sus derechos naturales, sacude hoy el polvo de su abatimiento, ocupa el sublime rango de las naciones independientes, y se prepara á establecer las bases primordiales sobre las que ha de levantarse el imperio más grande y respetable.

«Dignos representantes de este pueblo, á vosotros se confía tamaña empresa; vuestro patriotismo, vuestras virtudes y vuestra ilustración, os han lla-

mado á los puestos en que acabais de colocaros: la opinión pública os señaló con el dedo para depositar en vuestras manos la suerte de vuestros compatriotas, y yo no he hecho más que seguirla.

«Nombrar una regencia que se encargue del poder ejecutivo, acordar el modo con que ha de convocarse el cuerpo de diputados que dicten las leyes constitutivas del imperio, y ejercer la potestad legislativa, mientras se instala el Congreso nacional; he aquí las delicadas funciones en cuyo laborioso y acertado desempeño, se vincularán por sin duda la celebridad de vuestro nombre y la eterna gratitud de nuestros conciudadanos.

«Una vez derrocado el trono de la tiranía, á vosotros toca substituir el de la razón y humanidad. Sí, vosotros la substituiréis, porque la sabiduría dirigirá siempre vuestros pasos, y la justicia presidirá en todas vuestras deliberaciones. La ley recobrará su eficacia y en vano se esforzarán la intriga y el valimiento. Los empleos y los honores formarán la divisa de la virtud, del amor de la patria, de los talentos y de los servicios acreditados. En suma, una administración suave, benéfica é imparcial hará la felicidad y el engrandecimiento de la nación y dulce la memoria de sus funcionarios.

«Acaso el tiempo que permanezcáis al frente de los negocios no os permitirá mover todos los resortes de la prosperidad del Estado; pero nada omitiréis para conservar el orden, fomentar el espíritu público, extinguir los abusos de la arbitrariedad, borrar las rutinas tortuosas del despotismo y demostrar prácticamente las invencibles ventajas de un gobierno que se circunscribe en la actividad á la esfera de lo justo. Estos van á ser los primeros ensayos de una nación que sale de la tutela en que se ha mantenido por tres siglos; y no obstante, los pueblos cultos, los pueblos consumados en el arte de gobernar, admirarán la maestría con que se lleva á su último término, el grandioso proyecto de nuestra deseada emancipación. Verán conciliados los intereses, al parecer más opuestos; vencidas las dificultades más exageradas y afianzadas la paz y la unión con los bienes todos de la sociedad.

«Permitidme, pues, que en las tiernas efusiones de mi corazón sensible, os felicite una y mil veces, ofreciendo el tributo de mi obediencia á una corporación que reconozco cual suprema autoridad, establecida para regir provisionalmente nuestra América y consolidar la posesión de sus más preciosos derechos. Unidos mis sentimientos con los del ejército imperial, os ofrezco también su más exacta sumisión. El es un robusto apoyo, y declarado por tan santa causa, no dejará las armas hasta no ver perfeccionada la obra de nuestra restauración. Caminad, pues, ¡oh, Padres de la Patria! caminad á paso firme y con ánimo tranquilo; desplegad toda la energía de vuestro ilustrado celo, conducid al pueblo mexicano al encumbrado solio, adonde lo llama su destino, y disponeos á recibir los laureles de la inmortalidad.»

¡Cuántas palabras, nacidas de una esperanza en el porvenir, cuyo velo de entonces cubría al corazón; cuya inteligencia, desde entonces, se agitaba; y solamente se descubría algo en el nombramiento de la junta de consejeros, en que

para seguridad la nombró él, en cuyo nombramiento no tuvo que ver la patria, á quien inculcó Iturbide de haber hecho ella el nombramiento de la junta!

No ha mucho que he dicho que Iturbide se apropió el derecho de nombrar á la junta gubernativa de la nación, y su discurso dice que el dedo de la opinión pública ha señalado á los componentes de esta misma junta, convirtiéndose así él en la misma opinión pública; pero dejemos este «lapsus lingüe» que parece salido de una intención profunda, reservada para hechos más tardíos del presente. Lástima que este pequeño discurso sobre el General Guerrero no pueda extenderse á tantos sucesos como precedieron á la coronación de Iturbide, blanco de sus tentaciones, concebidas en su interior, ocultamente de Guerrero, cuya fama tenía ya un imperio moral sobre la nación, que había recibido de este hombre su corazón y sus altos y perpétuos servicios; cuya fama y cuya adhesión á Iturbide, con tal de favorecer sin obstáculos la Independencia, lo habían hecho ser amado; y no obstante los sentimientos justos de aborrecimiento que se había contraído con el pueblo, por el encarnizamiento que contra él se obtuvo por su exagerada adhesión al trono de Castilla. Mas como algo más tarde se llegaron á cumplir sus deseos de coronación, que ambicionaba en secreto, y ésta cuadraba bien á los conservadores, pues tenían en él un símil de los Reyes de España; después de su muerte, acaecida bajo un intermedio de sucesos, que sería muy largo referir en lo que escribimos, se llegó á señalar por la ley un día de duelo, el 17 de Septiembre de cada año, en que se hacían honores fúnebres, y en los que la iglesia tomaba mucha parte, que á más de la suntuosa misa que celebraba, se pronunciaba una oración fúnebre, para la cual se escogía un buen orador; y me acuerdo de que cuando era yo muchacho, una de estas oraciones tocó al Doctor Canseco, quien se presentó en el púlpito de la Catedral de Oaxaca luciendo una gran borla de Teología, muy diferente á las borlas de hoy, que para no cargar peso alguno se usa una especie de escobetilla de seda de un color correspondiente, según la profesión en que se ha adquirido la mencionada borla, la cual, substituyendo á la borla del bonete común, apenas se percibe, y deja de percibirse, en tal caso, la hermosura y magestad de aquellas antiguas que ostentaban los Doctores, que cuando eran, en reunión de muchas clases, llamaban bastante la atención, dándole á la función literaria un aspecto más magestuoso; pero los tiempos cambian y traen consigo el cambio de todo; así es que dejemos al mundo rodar, y cada uno haga lo que mejor le parezca y convenga.

Yo no me atrevo á hacer una descripción ligera de los sentimientos y cualidades de los hombres de esa época de transición de nuestra Patria. Dejo al notable Zavala hablando como si hoy estuviera vivo, y á la vez, verdadero historiador, como contemporáneo de las notables figuras que existieron en esos tiempos, el hacer la descripción de las personas, que aun mezcladas con él, presentaron las cualidades de que habla este ilustrado escritor. Zavala dice:

«Entre los Generales del ejército mexicano, se declararon abiertamente por el partido de Iturbide, Don Anastasio Bustamanté, Don Antonio Andrade, Don Luis Quintanar, Don Manuel Sota Riva, Don Zenón Fernández, Don Manuel

Rincón y su hermano Don José, Don Francisco Calderón, Don Antonio López de Santa-Anna, Don Luis Cortazar y Don Vicente Filisola. Estaban en contra aunque no abiertamente, Don Miguel Barragán, Don Juan Orbegozo, Don Guadalupe Victoria, Don Pedro Celestino Negrete, Don José Morán, Don Nicolás Bravo, Don Vicente Guerrero, Don Joaquín Parres y unos cuantos oficiales de menor graduación. El General Echávarri era amigo íntimo de Iturbide, y poseía todas sus confianzas. El General Santa-Anna, aunque no con la misma intimidad, tenía el aprecio de la familia; el Señor Negrete, era amigo también, y jugaban al tresillo con mucha frecuencia. Al General Guerrero le dispensaba consideraciones de otro género, y en el curso de esta historia veremos las distinciones hechas al General Don Nicolás Bravo. Estoy seguro, de que la conducta de todos estos Generales no estaba fundada en ningún sistema fijo ni arreglado. La obediencia de los primeros era ciega y no conocía límites. Iturbide era el jefe, era el ídolo que reverenciaban, y no conocían otro deber que el de obedecerle. Entre los segundos, creo que Morán, Negrete y Orbegozo, se proponían llevar al cabo el tratado de Córdoba, colocando una rama cualquiera de la familia de Borbón en el trono.

«Guerrero, Victoria, Parrés y Barragán obraban por sentimientos republicanos, y ninguno podía llevar á bien que un hombre, que había salido de México Coronel un año antes, estuviese en la altura en que se hallaba Iturbide, con sus excesivas pretensiones. El ejemplo admirable de Washington, y el desprendimiento de que en aquella época hacía ostentación Bolívar, después de los servicios de ambos á la causa de la libertad, hacían parecer la conducta de Iturbide como manchada por una codicia sórdida y una ambición peligrosa. Para que se pueda formar juicio exacto sobre la conducta de algunos de estos jefes, voy á presentar sus diversos caracteres, en cuadros rápidos, y á darlos á conocer como son ó, al menos, como á mí me parecen ser:

«El General Guerrero es un mexicano que nada debe al arte y todo á la Naturaleza. Tiene un talento claro, una comprensión rápida y extraordinaria facilidad para aprender. No habiendo recibido ningún género de educación, y habiendo comenzado su carrera en la revolución, muy pocas lecciones pudo tomar de elocuencia y cultura en los cerros y bosques, entre indígenas y otras castas, á cuya cabeza hacía una guerra obstinada á los españoles. Su genio sólo pudo conducirlo hasta el punto que lo hemos visto llegar, y su constancia es, á la verdad, un testimonio irrefragable de que posee virtudes sociales. Se dispensaba la poca urbanidad de su trato familiar y algunos resabios del hombre de los bosques en obsequio de sus grandes servicios y, más que todo, de su humanidad y de su amor constante por la libertad. Don Nicolás Bravo, compañero y antiguo amigo de Guerrero, ha sido el héroe de un partido y, por desgracia de la Nación, su instrumento. Bravo recibió lo que se puede llamar educación primaria. No tiene conocimientos en ninguna materia y su trato familiar es árido. Si hemos de juzgar por las apariencias, este General es de muy pocos alcances y de poca capacidad. Los españoles le colocaron á la cabeza de sus logias y en su nombre se hacían todas las maniobras del partido. Pudieron lisonjear

sus afecciones, y su mayor elogio era el de haber dado libertad á doscientos españoles que tenía en su poder, cuando hacía la guerra de Independencia, el día mismo que supo que su padre había sido ejecutado en México. Virtud digna de un Santo Padre de la Iglesia, si se quiere; pero falta notable de un General, que podía sacar mayores ventajas de los enemigos, cangeándolos con otros, ó armándolos entre sus filas.

«Algunos contestan este hecho, pero Bravo no lo ha desmentido. Sus enemigos le acusan de cruel y sanguinario por algunos actos de severidad que se han cometido en su nombre: yo creo que obrando por sí este hombre, se inclinaría generalmente al bien; mas todas sus acciones son efecto de influencias, que él mismo no acierta á conocer.

«Don Pedro Celestino Negrete, es un General español, que hizo la guerra cruelmente á los insurgentes; se unió á Iturbide en 1821, y sirvió bien á esta causa. Es hombre de un talento mediano, obstinado como sus paisanos, adicto á las ideas de monarquía moderada. Me parece afecto á la nación mexicana, en donde tiene una familia distinguida; y la poca parte que tomó en los sucesos posteriores á la Constitución de 1824, hace creer que preferiría el retiro y la tranquilidad doméstica, á una influencia peligrosa.

«Don Miguel Barragán, es uno de aquellos personajes que han entrado á figurar en la escena política sin grandes recursos mentales, sin instrucción, sin energía; pero con deseos positivos de hacer un bien á su patria.

«De consiguiente, cooperó como pudo á la Independencia en 1821, aunque anteriormente había hecho la guerra con los realistas. Introducido en las logias españolas, era en cierta manera como Bravo, el instrumento de los directores. Pero su carácter es suave, y no participa nada de la dureza y obstinación de este General. Barragán, por último, cometerá errores por condescendencia de partido ó de familia, pero no por intención. Don Anastasio Bustamante hizo mucho tiempo la guerra á los patriotas, entre las filas españolas. No es hombre de grandes capacidades ni de genio superior. Tiene mucha calma en sus resoluciones, y no se sabe si esto procede de meditación ó de dificultad en comprender. Pregunta, antes de entrar en un proyecto, si será justo. Pero cuando una vez se ha convencido ó lo parece, se sostiene con constancia. Más le ha acomodado obedecer que mandar en grande, y por esto era tan ciego servidor de los españoles, y de Iturbide después. Tendré ocasión de hablar más adelante de este individuo.

«No es necesario describir el carácter de otros jefes subalternos, cuyos nombres no representan sucesos memorables. En presencia de las cuestiones generales, ligadas al interés público y al honor nacional, que empiezan á nacer en esta época, los nombres propios no tienen valor, sino en cuanto se ligan con las primeras por relaciones íntimas, y en cuanto estos nombres representan un sistema ó un pensamiento político. Bajo este aspecto, es como he considerado á los hombres de quienes hablo. No debo por consiguiente omitir los de los Generales Terán, Santa-Anna y Guadalupe Victoria, que han hecho históricos sus nombres por sus acciones. A la nación importa conocer á sus ciudadanos,

y á la posteridad deben pasar presentados con imparcialidad, para que su juicio no esté fundado sobre conjeturas vagas ó mentirosas tradiciones. La presente generación dirá si al hablar de estos personajes, que han figurado entre sus negocios de estado, doy una plumada, que parezca dictada por otro interés que el de la verdad.

«Don Guadalupe Victoria es hombre del pueblo; porque su nacimiento, sus trabajos y su fortuna, han sido del pueblo. Siendo estudiante en San Ildefonso de México, dejó el colegio en 1811 para alistarse entre los patriotas, en cuyas filas sirvió, si bien constantemente, no con el éxito que sólo corresponde á los grandes conocimientos, á la actividad y al continuo trabajo. Tuvo serios disturbios con Don Juan Nepomuceno Rosains y con Don Manuel Mier y Terán, nacidos de disputas sobre el mando. Sus fatigas todas fueron en la provincia de Veracruz y parte de Puebla; varias veces ocupó el puente del Rey (hoy Nacional) é impidió el paso de las tropas españolas al interior, y de los convoyes de platas al puerto; pero nunca dió una grande acción ni sus empresas salieron de la órbita común. Sirvió como podía alcanzar á la causa de la Independencia, y se manifestó contra los proyectos de Iturbide, como hemos visto. Los principales defectos de Victoria, son: la irresolución é indolencia, y mucha presunción de poseer grandes conocimientos, que ciertamente no posee. ¿Y dónde pudo haberlos adquirido? Por lo demás es humano, amante de la libertad y sinceramente deseoso del bien de su patria. Como he de hablar en adelante de este personaje, por el papel que ha hecho después, no me extiendo más sobre su carácter.

«Se ha dicho, con mucha generalidad, que cuando Iturbide entró en Querétaro ó San Juan del Río, Victoria le presentó un plan ridículo de monarquía, cuyas principales bases eran: que el monarca fuese mexicano, que se casase con una india, cuyo nombre debía ser Malinche, aludiendo á la célebre Doña Marina de Hernán Cortés; que Iturbide le despreció y trató como un demente, y que este fué el principio del odio de Victoria contra este jefe. Yo no doy ascenso á esta anécdota, aunque me la han referido personas caracterizadas. Lo que no deja duda, es que Victoria se presentó á Iturbide, y que éste no le consideró capaz de ningún empleo de mucha representación. Quizá esta circunstancia ha contribuido mucho á la elevación de Victoria.

«Don Manuel Mier y Terán, es uno de los personajes que más se han distinguido entre los antiguos patriotas y mexicanos independientes por sus conocimientos, sus servicios patrióticos y constante aplicación al estudio. Es quizá el hombre menos franco y más difícil de ser conocido entre sus contemporáneos. Sea por la desconfianza que tiene de los demás, sea por querer aparecer siempre incomprendible, se nota en sus conversaciones cierto embarazo, una obscuridad que no proviene evidentemente de falta de capacidad para explicarse. El modo con que disolvió el llamado Congreso de Tehuacán, explica su carácter. Por lo mismo, no es hombre de voluntad fuerte, aunque está algunas veces convencido de lo que debe hacerse. Esta reserva, esta ambigüedad, no da lugar á las confianzas de la amistad, ni de los partidos, y quizá por esto Terán no

tiene amigos ni partido. Aunque no era del de Iturbide, sólo le hacia la guerra con hipocrecía y sordamente. Le veremos después aparecer en la escena, aunque nunca con mucho brillo.

«Don Antonio López de Santa-Anna, es uno de los Generales de quien tendré que ocupar muchas veces á los lectores. Habiendo servido al Gobierno español, contra los antiguos insurgentes, tomó parte en el movimiento nacional de 1821, con el ardor y entusiasmo que pone en todas sus empresas. Sirvió útilmente en la Plaza de Veracruz y otros puntos, y su valor, manifestado en todas circunstancias, le grangeó el favor y aun la amistad de Iturbide. Es un hombre que tiene en sí un principio de acción, que le impulsa siempre á obrar; y como no tiene principios fijos, ni un sistema arreglado de conducta pública, por falta de conocimientos, marcha siempre á los extremos, en contradicción consigo mismo. No medita las acciones, ni calcula los resultados, y esta es la razón por la que se le ha visto arrojar á las más temerarias tentativas, aun sin apariencias de un buen éxito. Baste por ahora este pequeño bosquejo de un General á quien darán á conocer sus acciones, descritas con la imparcialidad con que lo hacemos.

«He dado algunas pinceladas anteriormente, que dan á los lectores conocimiento del carácter y circunstancias de las personas civiles que tenían influencia en los negocios públicos en la época de que voy hablando. No omitiré dar descripciones más extensas, conforme se vayan presentando en la escena nuevos personajes. En esta época llegó á México Don Miguel Ramos Arizpe, diputado que fué en las Cortes de España, por la provincia de Coahuila, y que se hizo tan notable por su carácter fuerte y tenaz. Sin conocimientos profundos en ningún género, este eclesiástico, con un talento claro y mucha actividad, ha sabido ganarse mucha influencia entre los liberales. Se decía de él, que conocía la intriga, y que en las maniobras de los salones y de las juntas, era muy hábil. Quizás en esto empleaba toda su actividad: lo cierto es que tenía sus subordinados, á quienes empleaba como le convenía, y entre los cuales deben ocupar un lugar los Señores Don Pablo de la Llave, Don Mariano Michelena, Don F. Vargas y el canónigo Couto, que en España, y después en América, sirvieron mucho á sus miras. Tenía un carácter dominante, que no sufría contradicción, y esto le daba ventajas sobre los hombres medianos; pero sabía muy bien plegarse, cuando veía que no podía sacar provecho con la obstinación. Ninguno sostuvo, con más calor y celo, la independencia de la América, y es necesario decir, en obsequio de la justicia, que cuando los Diputados de México pidieron en las Cortes, en 1821, la creación de gobiernos en América y una rama de la dinastía, Arizpe se negó á entrar en ningún llamamiento de familia real. Su alma republicana, repugnaba el nombre de monarquía en su patria; circunstancia tanto más notable cuanto que es un eclesiástico, canónigo de la Catedral de la Puebla de los Angeles.

«Pero un poco más allá, y después de presentar el acta de independencia, producto de la tal junta nombrada por Iturbide, volveremos á hablar de las cualidades horribles de Bustamante y de los que, cuando se apropió del gobierno de la República, lo acompañaron, tomando su gabinete de Ministros.»